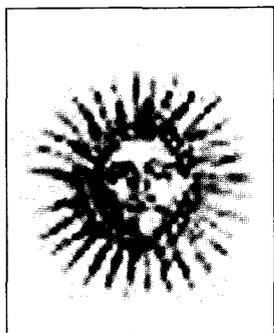


ANTOLOGÍA VIQUIANA DE CORSANO

Franco Ratto



[Estudio bibliográfico de: / A Bibliographical Study of: *Antologia Vichiana. Passi scelti dall'Autobiografia e dalla Scienza nuova*, a c. de Antonio Corsano, con una presentación y un postfacio de Gaetano Calabrò, La Città del Sole, Napoli, 1998, pp. 205]

Decir, ante todo, que la idea de volver a proponer a los jóvenes de los actuales Institutos superiores obras que habrían conocido una reiterada circulación entre sus «colegas» de hace algunos decenios, no puede sino encontrar el favor por parte de cuantos tienen el corazón en esta disciplina, en particular por aquellos que trabajan en el mundo de la escuela. Es con esta intención que G. Calabrò vuelve a ofrecer, en «materiales para la escuela» del Istituto Italiano per gli

Studi Filosofici de Nápoles, la selección de las páginas viquianas, cuidada por A. Corsano, en el lejano 1935, dotándola de una Presentación y de un Postfacio propios. El mismo Calabrò ilustra el significado cultural, además de pedagógico de la propia elección e, implícitamente, de esta nueva meritoria iniciativa del Instituto napolitano: documentar un modo de divulgación del pensamiento filosófico antiguo y moderno cuando, entre las dos guerras, «se quería que la preparación filosófica fuese adquirida leyendo los clásicos y extrayendo de éstos, al mismo tiempo, inspiración especulativa y control crítico e histórico».

La presentación de Calabrò termina así por ser un testimonio, sentido y vivido, de un modo de encontrarse con los filósofos no privado de consecuencias para la propia formación y los propios estudios: de tal modo estos volúmenes terminan por ser «sin tener el aire, los testimonios quizás más verdaderos de un cierto clima cultural, histórico, que estaría bien no despreciar en una época que olvida rápidamente.» De este modo el estudioso nos da razón de la propia elección: reproponer, sin cambios, esta antología de uno de entre los más autorizados estudiosos del napolitano, A. Corsano, «convencido de su utilidad no obstante el tiempo transcurrido y el progreso de los estudios». Antes de detenernos en el Postfacio de Calabrò, consideramos oportuno recoger la ocasión que se nos ofrece para una lectura o relectura de la introducción redactada por Corsano, no sólo como documento histórico y singular modelo de divulgación sino como útil contribución al conocimiento del napolitano.

Corsano recorre la biografía cultural de Vico sin perder nunca de vista los problemas filosóficos y las vivencias históricas del tiempo: de las lecturas de estas páginas emerge una imagen del napolitano más viva y palpitante, quizás, de cuanto no emergen de la lectura de

aquellas de la misma *Autobiografía*, con las cuales se abre la selección. La Nápoles de la segunda mitad del XVII nos aparece como una ciudad donde no sólo circulaban los nombres de Descartes y Locke, de Hobbes y Gassendi, sino rica de fermentos culturales que animaban los círculos y salones, bodegas y librerías y especialistas. Es en esta atmósfera que viene ubicada la formación juvenil del napolitano: «atraído por tantas y cambiantes innovaciones», él manifestó desde los años juveniles el «espíritu extremadamente sensible y rico de una vocación intelectual quizás todavía imprecisa, pero ciertamente bastante intensa».

Corsano nos acerca luego a los años que Vico pasa en Vatolla; a su vuelta a Nápoles y a aquel sentirse extraño en su propia ciudad pero no olvida al hombre Vico: él, de hecho, recuerda cómo la «necesidad de amigables animadores y consejeros en su preparación» le habían inducido a no romper del todo las relaciones con «maestros y amigos de la primera juventud» pero lo habían aproximado a «aquellos escritores que teñían el halo de la mayor pericia humanística en la cultura napolitana». A la redacción del *De ratione* el editor adscribe la primera elaboración autónoma del napolitano: distinta de aquellas que la han precedido, esta oración «es el primer documento original de su pensamiento, puesto que, si bien en él fuese fiel a la inspiración retórico-pedagógica», Vico «sabe sacar de su humanismo las armas para una valerosa revisión crítica de la cultura contemporánea». Pero es con esta misma oración de 1708 que viene a configurarse la distancia del napolitano con la cultura de su tiempo: de hecho, con su defensa de la «copiosa invención retórica contra el árido sutilizar de los racionismos silogísticos o matemáticos»; de la «fecunda oscuridad de la elocuencia que permite el dominio de toda el alma del oyente contra la exaltación fanática de la claridad y de la distinción de ideas»; del «ingenio [...] como facultad de sacar por intuición aspectos y cualidades de las cosas *largamente discutidas*» se consuma el progresivo distanciarse del napolitano de la contemporánea cultura europea. En otras palabras, para Corsano «el *De ratione*, aún así diseminado de destellos de originalidad, con su cauto y elegante perfil empírico-retórico tiene un aspecto netamente reaccionario: siendo así el más interesante documento de la lucha de la vieja cultura barroca italo-española contra el irrumpir de aquellas modas filosófico-literarias que venían de Francia y trataban de imponer la dictadura en la lengua, en el pensamiento y en las costumbres». Defensa que en el *De uno* se transforma en una verdadera y propia interiorización de las tesis entonces dominantes y, al mismo tiempo, deviene fundación de aquel nuevo humanismo que es todo uno con «la doctrina de la sabiduría vulgar o de la autoridad del género humano». Para Corsano «éste es el más alto precio de su especulación que desde 1720 en adelante va a hacer gigantescos progresos de maduración»; y si en esta obra resulta prevalente el interés jurídico, ya con la primera redacción de la *Ciencia Nueva*, de 1725, este interés viene a fundirse con «todos los otros de la nueva especulación viquiana: el 'ético-religioso' el 'poético-lingüístico', el 'pedagógico'». Corsano no deja de precisar, entre otras cosas, cómo para Vico la filología no se reduce a disciplina «lingüístico-gramatical, siendo más bien una investigación que confiere dignidad a todos los hechos humanos, poéticos y religiosos, científicos y prácticos, políticos, jurídicos y económicos». En otros términos, para el estudioso el *De uno* presenta un elemento de importancia fundamental para la teoría viquiana del conocimiento: la igual dignidad reconocida a la *verdad* y a la *autoridad*, es decir a la *razón* y a la *memoria*, aún sin haber llegado el filósofo a la *perfecta* conversión «de filosofía y filología, de verdadero y cierto» que será realizada por él algunos años después en la *Scienza nuova*; de ella Corsano, como por la obras precedentes, saca a la luz aquellos que, en su opinión, parecen ser los aspectos más importantes: «la doctrina del derecho y del Estado», de la «poesía y del lenguaje» y otros.

Refiriéndose al primero de los aspectos apenas recordados, el estudioso por un lado atribuye valor meramente simbólico a Platón y Tácito (el primero representaría el *deber ser* allí donde el segundo simbolizaría el *ser*), por otro asigna una incidencia real en el pensamiento del napolitano a la lectura de Agustín y Maquiavelo: en particular, a estos dos autores reconduce Corsano la importancia asignada por Vico a la religión, la cual «penetra y domina a todo el hombre, hasta en las más turbidas y ásperas de sus pasiones, en los apetitos y en los deseos anárquicamente desenfrenados, y todo lo recoge y transfigura e ilumina de racionalidad y justicia». «De aquí –añade Corsano– el principio tenazmente sostenido por Vico, de no ser posible Estado y sociedad, y civilidad económico-social sin la religión, que sola llega a domar la natural anarquía de los egoísmos antisociales, haciéndolos así servir a la más firme construcción del orden y de la disciplina jerárquica». Sucesivamente, Corsano particulariza las fuentes de los intereses del napolitano por la poesía y la literatura sea en nuestros tratadistas tardíos del XVI (Castelvetro, Scaligero, Patrizi) sea en los «teóricos del XVII» (el español Gracián y los italianos Pellegrini y Tesauro) mientras su interés por el ingenio y la fantasía se fija sobre la «atenta, ansiosa observación del espíritu infantil, del cual [Vico] trató de coger el estupendo trabajo de invención y de asimilación y sobre todo le fascinó la potente prevalencia que, en el espíritu de los jovencitos, tienen, sobre cualquier otra actitud, la pasión y la fantasía, de donde se sigue su capacidad de transfigurar y de engrandecer desmesuradamente la visión de la realidad».

«Así –añade Corsano– de la meditación sobre el hombre caído y llamado a restaurar la propia dignidad con la interna disciplina del pudor, Vico es conducido a asignar a la actividad fantástica y poética del fabular e inventar y metaforizar, sin freno de la razón abstracta, una aún más interior y austera y humana disciplina y una más alta dignidad y seriedad, de índole puramente religiosa».

Antes de concluir esta parte dedicada a Corsano, una rápida mirada a las observaciones por él formuladas sobre la teoría viquiana del *recurso histórico*: ella constituye «el límite histórico y especulativo del pensamiento de Vico: y es fruto de la aún tenaz sugestión humanística, que le presentaba el mundo greco-romano como modelo inevitable de toda vivencia histórica; es fruto de escrúpulos teológicos, porque no podía Vico admitir la plena libertad de autoproducción y auto-renovación del espíritu, en fin es fruto de las tendencias astrológicas y naturalistas del pensamiento del Renacimiento, que las habían heredado del averroísmo medieval» pero es también la «prueba de la profunda eficacia» ejercida sobre su pensamiento por Maquiavelo.

Vestir un nuevo hombre: esta afirmación, contenida en la carta del filósofo al padre Giacco del 25 de Octubre de 1725, va a unir la introducción de Corsano y el postfacio de Calabrò, donde da título: con ella Calabrò alude a la consciencia de Vico sobre la originalidad y novedad de la *Ciencia Nueva* pero también de la vena de hostilidad por ella encontrada, en particular, en el ambiente anticurialista napolitano.

Calabrò insiste oportunamente sobre estos sentimientos del filósofo; aunque no estamos de acuerdo allí donde particulariza la causa del fallido éxito de la obra viquiana «en el espíritu del siglo», así como se había lamentado el mismo Vico. En realidad, en la época en la que el filósofo la escribiese, el *espíritu del siglo* comenzaba a manifestar algunos elementos de crisis: para Garin, por ejemplo, más que un voz disonante Vico participa de aquella multitud de filósofos que han asumido hacia la cultura cartesiana una actitud crítica. Es verdad que la obra no encontró la fortuna crítica que el mismo napolitano había esperado pero es también verdad que la obra fue apreciada no sólo en Nápoles sino también en Venecia y en Francia. La misma súbita y acervada crítica a la obra de los redactores de las «Acta eruditorum» de Lipsia-Leipzig viene a demostrar que la hostilidad manifestada hacia el filósofo tenía orígenes en el ambiente anticurialista de su Nápoles natal.

Después de haber confirmado cómo esta consciencia de Vico encuentra expresión en el mismo título de la obra, aspiración por otra parte común con otros filósofos y pensadores políticos, desde Maquiavelo a Hobbes, Calabrò indica las dificultades encontradas por los estudiosos del XIX en definir la gran obra viquiana: enumera hasta siete modos de entender la «Ciencia Nueva» según los distintos aspectos considerados. Pero para el estudioso el «descubrimiento más importante del cual surgen todos los otros, es la comprensión del hombre en los albores de la condición social». A su decir, Vico habría elaborado una tesis que vendría a ser una vía intermedia entre dos diversas, opuestas, teorías: una que pone el origen de la civilización en un «estado de inocencia edénica»; otra en una «informe lucha de instintos primordiales». De las lecturas de estas páginas se tiene la impresión de que, aún señalando a propósito de la lengua de los primeros hombres, Calabrò no atribuye mucha importancia a los elementos que aproximan Vico a Hobbes, tan numerosos que han hecho hablar, por ejemplo, a R. Franchini de un Hobbes «quinto autor» de Vico (en *Criterio*, VI, 4, 1988, pp. 241-257). Sin querer suscribir esta tesis, es indudable todavía que justo sobre el tema de los orígenes de la humanidad existe una fuerte convergencia entre Hobbes y Vico, ya subrayada por Nicolini y sucesivamente por otros estudiosos del napolitano, entre ellos E. Garin, F. Focher, A. Montano y otros.

Justamente Calabrò atribuye gran importancia a la idea del *universal fantástico* como «principio de una forma del espíritu que era, ciertamente, pobre de inteligencia lógica, pero justo por ello tanto más rica de sensible capacidad emotiva, de energía activa, de fantasía creadora». Y es justo a este aspecto creativo de la doctrina de Vico al que él reconduce todas las otras ideas del napolitano «sobre la lengua, la poesía, el derecho, la doctrina política, la economía». Pero la originalidad de Vico no está circunscrita al descubrimiento de la «formas del espíritu humano en los orígenes de la civilización» sino que afecta también a aquella que el mismo filósofo llamó, «nueva arte crítica», es decir el método. En otras palabras, para Calabrò «la tesis fundamental de Vico, aquella que despliega y justifica toda su obra, y ella representa la verdadera originalidad, es que el mismo conocimiento histórico tiene una historia que debe ser encontrada y descrita, por lo cual la *Ciencia Nueva* no es tan sólo la investigación de la «naturaleza común de las naciones», de los principios comunes de la humanidad de todas las naciones, sino también y sobre todo la búsqueda de los orígenes y de los desarrollos fundamentales de la ciencia misma». Esta «especie de historización de la misma investigación histórica y antigua –añade Calabrò– aparece como la característica fundamental de la obra viquiana en cuanto allí explica el proceder dominante, que está siempre a la búsqueda de pruebas históricas, de la doctrina que presenta pruebas que deduce de los documentos y de los testimonios más dispartados y lejanos unos de otros». Pero es justo «en tal procedimiento (que) tienen su origen menos positivos de la obra de Vico»: la erudición «sobr abundante y desordenada, las aproximaciones arbitrarias, las confusiones y los errores de interpretación», elementos que no facilitan la comprensión de la obra.

Al inicio de estas notas habíamos subrayado cómo el volumen se ha dirigido al mundo de la escuela; al concluir las retenemos poder afirmar que ello puede resultar útil también para un público más amplio: Corsano y Calabrò nos guían con feliz maestría a la comprensión de este filósofo que, si no ha dejado voluntariamente oscura la propia doctrina, todavía no resulta de inmediata y fácil comprensión.

En fin, desde estas páginas reiteramos el apoyo al Istituto Italiano per gli Studi Filosofici para continuar en esta tarea de divulgación y de valorización de un patrimonio cultural de otra forma perdido.

[Trad. del italiano M.J. Rebollo Espinosa y M. A. Pastor Pérez]

* * *